

¿Quién?

Inegi

Victoria, como todos los otros entrevistadores del Censo de Población y Vivienda 2010, se ponía su uniforme a diario para visitar las casas que le tocaba censar; primero el chaleco, después la gorra y la mochila y, por último, su credencial. A ella y a otras compañeras les tocó ir a la comunidad rural La Gotera, que se encuentra en una zona pedregosa de cerros empinados, a 40 minutos, en camión, de la capital de Querétaro.

Era un grupo de mujeres casadas que salían muy temprano para tomar el transporte rumbo a esa comunidad cargando sus mochilas llenas de cuestionarios y tortas, porque en aquellos rumbos no había quién les vendiera de comer. Sus hijos y esposos se las arreglarían solos, mientras ellas sudaban la gota gorda subiendo por las laderas de esos cerros. Victoria se reía al recordar: “subíamos casi a gatas y bajábamos rodando”.



Un día, haciendo su recorrido y llenando cuestionarios, Victoria tocó en el zaguán de una casa como cualquier otra. Aun cuando era temprano, ya se sentía cómo pegaban los rayos del sol. De repente, escuchó que le contestaban: “¿quién?”. Victoria se presentó como entrevistadora del Inegi y dijo: “vengo a hacerle unas preguntas del censo”; nadie le contestó. Esperó unos segundos y volvió a golpear el zaguán; de nuevo, la misma respuesta: “¿quién?”, por segunda ocasión se presentó y explicó la razón de su visita, pero no salió nadie de la vivienda para abrir la puerta. Lo intentó una tercera y una cuarta vez y lo mismo, sólo escuchaba: “¿quién?”, y después nadie acudía al llamado.

Al verla, un hombre que caminaba por la acera de enfrente se acercó y preguntó: “¿a quién busca?”, Victoria respondió: “a alguna persona que habite en esta casa, somos del censo y venimos a hacer una entrevista”. El hombre les dijo que era vecino del lugar y que conocía a la dueña de esa vivienda. Le aclaró que él se encontraba al cuidado de la casa, porque la señora estaba enferma y que una de sus hijas se la había llevado. No obstante, sorprendida, Victoria le dijo: “señor, he tocado la puerta varias veces y alguien me responde”, y para apoyar su argumento, volvió a tocar. Por quinta ocasión se escuchó: “¿quién?”. Entonces, aquel hombre abrió el zaguán y les mostró la casa vacía; sin embargo, al entrar en el patio, Victoria vio que había una jaula con un hermoso loro mexicano, quien al verla entrar empezó a repetir: “¿quién?, ¿quién?”. Ella asegura que el loro la miraba con sus ojos negros y que, por un segundo, le sonrió.



¿Quién?

¿Quién?

¿Quién?

¿Quién?

¿Quién?

